

González #628

JUEGO DE REGLAS EDITORIAL

CIRCULA EN EL DEPARTAMENTO DE ARTE
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Si desea estar con González, envíe su colaboración al correo electrónico:
hojagonzalez@gmail.com

archivo > <https://hojagonzalez.uniandes.edu.co> instagram > @hojagonzalez

del 28 de septiembre al 4 de octubre, 2026

González publica lo que se quiera hacer público, todo lo que quepa en esta hoja de papel. Esta hoja circula en medios impresos y digitales cada semana del periodo académico. González es una publicación del Departamento de Arte / González publicará textos y colaboraciones con remitente verificable bajo el crédito o seudónimo de la persona que los envía. Si alguien desea contactar a una persona que publica bajo seudónimo, podrá hacerlo a través del equipo editorial. / En los textos donde se haga mención explícita a una persona del Departamento de Arte, o a miembros o dependencias de la universidad, se enviará copia de ese correo a los sujetos en cuestión con el fin de ofrecer la posibilidad de una contracrítica en el próximo número de González

Lucky

Ese domingo no pude dormir. La luz de mi cuarto era blanca, intensa, enceguedora. Me hostigaba. La ansiedad, como un parásito, invadía mi cuerpo; se alimentaba de mi carne. Primero el estómago, luego el pecho y la garganta; la cabeza, brazos, piernas. Todo ardía, como una llama que, poco a poco, me consumía hasta acabar con el más mínimo rastro de mi existencia. Al menos, a veces, eso me gustaría pensar. La ansiedad, realmente, nunca me ha consumido a tal punto. ¿Cómo podría? Ese es su verdadero defecto, *no puede*. Y así yo lo quiera y se sienta como que lo haré, no. Nunca. No está diseñada para eso. Solo yo tengo la decisión final, completamente a mi disposición, para desaparecer, para dejar de existir.

Así llegó el lunes. A las cuatro, cuatro y cuarenta, más o menos, empecé el día. Un episodio más en mi propia película, o por lo menos así me ha gustado esquematizar mi vida. Episodios separados. Lo que sea que haya ocurrido, sentido, querido o llorado el día anterior lo despersonalizo. Dejo de sentir. Nada me duele, nada me dolerá. Después de cinco horas de un montaje cinematográfico desesperado, estresante y, sobre todo, inconsecuente en mi cabeza, me encontré bañándome, no muy bien, si soy honesta. Un poco de agua, jabón y ya. Así, rápidamente salí, me vestí con la misma ropa del sábado, en la que no entraré en detalle —no pretendo ser una copia de *My Immortal*, ni mucho menos *kinneo* a Ebony Dark'ness Dementia Raven Way, aunque supongo que la aclaración sobra— solo diré que, por las razones que fueran, era la única ropa que podía permitirme en el momento. Una burla de *wannabe* rebelde-edgy. Así, un nuevo episodio.

Estas horas de la madrugada eran el paraíso para mí, no tenía que convivir, socializar, nada, con nadie. Solo yo. Igualmente, lidiar conmigo siempre ha sido imposible. Juzgando cada cosa, por más pequeña o absurda. Siempre quejándome. Pero por eso mismo prefiero cuando estoy **sola**. No tengo que lidiar con otros, solo conmigo. Nadie me estresa, ni me cansa, ni me aburre, ni me da asco. **Solo yo**. Al vivir con esta mentalidad por tanto tiempo, he aprendido —¿o *normalizado*?— la acción constante de reprimir muchos, si no la mayoría, de mis pensamientos, mis emociones —no que esto sea algo bueno; sin embargo, sí ha resultado útil, al menos, para no ser una marginada social, o así lo siento.— Soy una persona construida en base a emociones reprimidas. **Soy lo que no me atrevo a mostrar**. ¿Esto me convierte en una mentira? ¿**Soy una mentira**? De pronto ese lunes. **Sí**. Sí lo era.

Toda esa tarde la perdí por completo. Escuché y escuché sin parar lo que las personas más aburridas y poco inspiradoras que he conocido en mucho tiempo tenían por decirme. Yo solo supe fingir, como siempre lo había hecho. *Fingí* escuchar. *Fingí* creer que ellos tenían razón. Me metí en su juego de autoridades artísticas y **palabras grandes** y complicadas y galerías e *ideas profundas, trascendentales* —la mentira más grande de todas.— Fingí. Al fin y al cabo, ellos eran mis profesores, ellos están para enseñarme, ¿no? Les encanta decirlo: “Nosotros solo estamos aquí para enseñarles a ustedes. Para nada más.” Pero, ¿qué podía aprender yo, o cualquier persona, realmente, cuando quienes *enseñan*, desde su posición de poder casi autoritario, arruinan —torturan, aniquilan— ideas, procesos, sueños? No hay nadie más insoportable que la gente que *cree* que sabe de arte. Y ellos, ensimismados en sus propios delirios de grandeza, no podían ni pueden ni podrán dejar de hablar de sí mismos, de sus *exposiciones*, su *arte* y experiencia como artistas. Tienen que haberse repetido cinco, seis o quién sabe cuántas más veces hablando de lo *increíble* y *profunda* y *conmovedora* y *rebelde* e *inspiradora* que es **su obra**, antes de finalmente decidir hablar de algo más: los mismos dos referentes, igual de sosos y poco inspiradores a ellos.

A veces, en momentos impulsivos, pienso en dejarlo todo. Abandonar la universidad. Dejar de estudiar, de escribir, *de existir*. Ese lunes me dejó con estas ideas muy frescas en mi mente. No quería volver a la universidad, *solo quería dormir*, no despertar. **Nunca despertar**. Como siempre, reprimí mis emociones, por lo menos lo suficiente para aparentar funcionalidad.

El miércoles de esa misma semana fui a la universidad, a *pretender* que estudiaba, mayormente. A las tres de la tarde, más o menos, me encontré con Vero yendo en la dirección opuesta por la misma calle. Era difícil no notarla. Su pelo era rizado, lo tenía pintado de naranja, con un *mullet* recién rapado; llevaba un jean oscuro y, encima, una falda a cuadros, roja con negro, larga; fácilmente, una de las mejores personas que conozco, dispuesta a estar y ayudar a las personas que, para ella, son importantes y, a su vez, sobrellevando —como podía— las situaciones, incómodas, complicadas y abrumadoras que algunas de estas, que abusaban de su confianza, traían consigo.

“¿A dónde vas?” pregunté, luego de una risa entrecortada y cautelosa —yo sabía su respuesta, pero esta no me funcionaba. Yo necesitaba hablar, quejarme, y *allá* no era el lugar para eso.—

Vero se rio. Una risa corta, para ella misma, “*hm-hm*”, luego suspiró, mirando hacia *ese* lugar. “¿Tú qué vas a hacer?” preguntó finalmente.

“Supongo que *estudiaré*”, me quejé. Ella no dijo nada. “Me toca escribir **mucha** mierda y no tengo *nada*. Nada que decir. No se me ocurre nada.”

“Ugh”, se quejó, sin mucha fuerza o pasión en su voz y expresión corporal. Luego, otro silencio. Esperé... “A mí también me toca adelantar trabajos; podríamos ir al edificio de arte y diseño y trabajamos, además quería tratar de no ir a parchar tanto *allá*, y estoy en *detox*, así que *ughh*,” me miró con cara de desesperación, con rabia por el aburrimiento —el tedio de la sobriedad, supongo.—

“Sihh”, contesté sin ninguna emoción, o con frustración, tal vez, por la ansiedad de no saber qué hacer. Solo el hecho de que no tendría que sufrir sola ya era suficiente para no rendirme —al menos no hacerlo por completo.— “También bajarle a parchar está bien. *Ese* lugar también puede ser muy malviviente.” Vero asintió. Seguí, “¿Y cómo vas con el detox? O sea, no sé cómo haces. En este momento de mi vida yo no podría, la verdad.”

“Aaagh, **no**, es horrible, además, todos siempre están *allá*, pegándolo, y a mí me toca *mirar*, porque ¿qué más hago? *Mirar*.”

“No, sí, pero aprovechas y haces otras cosas, *supongo*.” No sabía qué decir. De hecho, nunca sé qué decir.

“**Pero no sé qué más hacer.**” Dijo, seguido de un grito agudo; un chillido de frustración. “Llevo casi dos semanas de detox y estoy aburridísima.”

Apenas llegamos al edificio, Vero me preguntó que si la acompañaba a fumarse un cigarro.

“Sí, dale, pero ¿dónde?” Dije.

“vamos a la terraza de arte, ¿no?” Hubo un silencio. Asentí. Fuimos.

Ya en la terraza no nos dimos tiempo a sentarnos y ya, Vero, había sacado su cajetilla de cigarrillos. *Unos Lucky Alaska*. Apenas sacó su cigarro, cerró la cajetilla buscando guardarla. Sin embargo, antes de que pudiera hacer cualquier cosa, le pedí uno.

“¡Uy! ¿Y eso?” preguntó ella. mientras reabría la cajetilla para que pudiese sacarlo, extrañada por el hecho de que yo, de todo el mundo posible, le hubiese pedido. No le contesté; solo, automáticamente, salió un quejido de mi cuerpo, seguido por un suspiro, seguido por una cara de frustración y rabia y tristeza y ansiedad. Me pasó su encendedor para prender el cigarro y, mientras lo prendía, dijo,

“Entonces, cuéntame.” Se sentó, cruzando las piernas, “¿Cómo estás?”

-Jade Galindo

.....

Notas a continuación...

XXXbloodyrists666XXX, My Immortal (FanFiction.net, 2006-2007). Fan fiction icónico ambientado en el universo de Harry Potter, probablemente escrito por una niña de doce o trece años, máximo —icónico— evidentemente deprimida, emo, edgy; todo lo que yo hubiese deseado ser a esa edad. Muy honestamente, su genialidad y valentía y despreocupación y quien sabe cuántos más adjetivos que le puedo atribuir a la autora, son simplemente de envidiar porque ¿qué más decir? Ojalá ser capaz de reinterpretar un universo tan complejo como el de Harry Potter sin siquiera haber leído los libros, no tener la vergüenza de hacerlo; de convertir a Harry en Vampire, o a Hermione en B'loody Mary Smith, y a más y más y más personajes en “emos-góticos” obsesionados con My Chemical Romance, es simplemente envidiable. Ella siempre tiene la razón y siempre, en una nota de autora, previa a cada capítulo, se lo hizo saber a todo el que tuviera la fortuna de cruzarse con su obra. Como mujer que pretende dedicarse a la escritura —así sea en momentos fugaces, de delirio romántico— ¿qué más quisiera yo que aquella cantidad de devoción hacia mi propia persona, hacia mis capacidades, hacia lo que hago? —sí es que es posible decir que hago algo.— De pronto es la falta de esto lo que me ha impulsado hasta el momento a crear, sin embargo... supongo. Pero no estamos hablando de mí, no aquí.

La autoría real de My Immortal está disputada, lo único que se sabe concretamente es su nombre de usuario con el que subió el fanfic: XXXbloodyrists666XXX, el resto que pueda decir, si es que lo hiciera, sería puramente especulativo. Ojalá haber sido yo, es lo único que diré.

Anglicismo abreviado de otherkin. Sus orígenes muy honestamente no me interesan; sin embargo, su adopción por la subcultura fandom en internet sí. Allí la utilizan, en el mayor de los casos, como una forma de referirse a un personaje de algún fandom con el que una persona se siente muy, pero demasiado, relacionada. En casos extremos, incluso, la persona que kinnea un personaje puede llegar a identificarse con este más allá de un simple juego de roles.

Protagonista de My Immortal. La autora sencillamente consideró fundamental describir todos y cada uno de sus outfits sin escatimar en detalles. Nada más que decir, en verdad.

Eran tres profesores para un taller improvisadísimo de arte, —Taller Interdisciplinario—; todos igual de insoportables, cada uno en su propia área.

Ese día, sin embargo, tenía la única clase por la que, me atrevería a decir, no caí en un inconmensurable abismo de locura —por la que no me suicidé, básicamente.— The U.S. Post-War Novel. La daba un gringo —muy gringo ya desde su nombre: Mark— media sus dos metros, era ojiazul, rubio; se le veía a kilómetros el English Major, con todo el sentido del mundo, diría yo, desde cómo se vestía hasta cómo hablaba y se expresaba, o simplemente cómo era su rostro, para no ir mucho más allá. Amaba a ese señor. Sus observaciones, su forma apasionada de hablarnos, su voz, ... Pero lo que él nos ofrecía en su clase —o a mí, específicamente— yo no sabía cómo devolverlo. Solo daba mi presencia, a veces tarde, a veces trabada, o ambas; siempre agotada y abrumada, totalmente abatida. Al final, por más que quisiera estar allí, por más entusiasmo, pasión, que pudiera sentir por esa clase, todo era monumentalmente diminuto al lado del inmenso y brutal desasosiego que me producía mi clase de Taller Interdisciplinario. Ya habían consumido casi la totalidad de mi alma en esta, lo poco que quedaba de mí necesitaba descanso, el placer de entumecerse, de vivir entumecida, marihuana.

Igualmente lo intenté, en las clases de Mark siempre intenté existir tanto como fuera posible, más allá de la carcasa de persona en la que me había transformado en aquel momento de mi vida, quería demostrar que seguía viva, que tenía algo. Quería escribir, escribir como yo escribo, y allá era el lugar. Llegaron Franny y Zooey. Aún no lo sabía, pero tenía que escribir sobre ellos —no solo para su clase, que pues, sí, tenía que hacerlo.— Tenía que hacerlo por mí. Mi libro. De pronto, así, le devolvería todo lo que él me estaba dando.

Desde que la vi en clase de Francés I, uno o dos semestres atrás, Vero me llamó la atención. Claro que, desde la superficialidad de verla sentada en una esquina, opuesta a la mía en el salón, solo tenía certeza de lo linda que me parecía; de su expresión estética subversiva, que me atraía y envidiaba al mismo tiempo; de su actitud centrada y tranquila que emanaba. Por más que me llamara la atención, sin embargo, por más que tuviera ganas de conocerla y hablarle y parchar y yo-qué-sé, la comodidad de la inacción siempre me superaba. Yo no era quién para acercarme a ella, entonces no lo hice.

Una noche, con ganas de emborracharme, o trabarme o desinhibirme en general, un amigo —de pronto conocido cercano, en su momento— me llevó frente a una iglesia al pie de la universidad, donde, según él, ya estaban sus amigos en medio parche. Apenas llegamos, la vi, el mismo rostro tranquilo de la clase de francés, con algo más de vida, alegre y suelto. Allá nos presentamos. Allá conocí a Vero.

Una pedagogía disonante

El conocimiento artístico y los usos de la incertidumbre
(en siete movimientos)
por Pablo Helguera

Parte II (vea la parte anterior en González 627)

4. Pedagogía consonante

La pedagogía consonante organiza el conocimiento existente en sistemas transmisibles. Es indispensable: enseña técnica, proporciona historia, identifica precedentes y evita que cada generación comience desde cero.

Pero su tendencia inherente es hacia la resolución. Recompenza la inteligibilidad, la repetibilidad, la consistencia metodológica, las genealogías reconocibles, los resultados demostrables y los conceptos que sobreviven a la traducción académica. Es el lugar feliz del investigador defensivo.

Su peligro es que el estudiante aprenda a producir un trabajo que ya suena correcto. Los resultados pueden ser inteligentes y defendibles, pero curiosamente predeterminados.

Es importante destacar que la consonancia no es mala pedagogía. Es pedagogía incompleta. Enseña lo que se ha vuelto cognoscible, pero no puede, por sí misma, enseñar cómo encontrar lo que aún no tiene nombre.

La disonancia, sin embargo, solo puede percibirse contra una estructura existente. Por lo tanto, una pedagogía disonante no prescinde del conocimiento; crea fricción dentro de él.

5. Pedagogía disonante

La pedagogía disonante introduce una perturbación productiva en las estructuras establecidas del conocimiento, permitiendo que surjan relaciones desconocidas antes de que puedan ser racionalizadas.

Sus características podrían incluir: entrar en un campo sin reclamar dominio; poner en contacto cosas diferentes; permitir que los materiales o participantes redirijan la indagación; tratar el malentendido como potencialmente generativo; resistir la explicación prematura; aceptar la vergüenza, el fracaso y la ilegibilidad; y ser responsable ante las personas, historias y formas de conocimiento que uno no posee.

La humildad es esencial. Sin ella, el “no saber” se convierte en amateurismo estratégico: el artista privilegiado entra en la disciplina de otro, ignora su conocimiento y presenta descubrimientos elementales como innovaciones radicales.

La pedagogía disonante no le otorga al artista permiso para permanecer ignorante. Le pide al artista que se vuelva vulnerable a lo que su conocimiento existente no puede reconocer.

Eso la distingue de la sátira, la crítica institucional y la mera perturbación. El objetivo no es simplemente exponer la insuficiencia de la institución. Es producir una relación que las categorías existentes de la institución no podrían producir por sí mismas.

Admito ser, o al menos aspirar a ser, un pedagogo disonante.

6. Ética de la intrusión

La ignorancia no es consciente de lo que no sabe. El no saber reconoce los límites de su conocimiento y elige permanecer expuesto a lo que puede excederlo.

Los artistas a menudo entran en archivos, escuelas, laboratorios, comunidades, museos, movimientos políticos y otros sistemas de conocimiento establecidos sin poseer las calificaciones de sus profesionales oficiales. Esto puede ser superficial o extractivo. Pero también puede ser valioso precisamente porque el artista no ha internalizado completamente las divisiones establecidas del campo.

El artista hace la pregunta “equivocada”, combina cosas que los profesionales han aprendido a mantener separadas, o nota lo que la experiencia disciplinaria ha vuelto invisible.

Pero la legitimidad de esta intrusión depende de la disposición: la ignorancia del artista es productiva solo cuando expone al artista a la transformación, no cuando meramente convierte el conocimiento de otros en materia prima artística.

Esta condición intrusiva es importante porque trae la incertidumbre necesaria para explorar un nuevo territorio. Es un encuentro intencional entre una estructura de conocimiento existente y un elemento que no pertenece del todo a ella. El propósito no es la armonía ni la destrucción, sino la recomposición. Por lo tanto, la pedagogía disonante no es meramente “aprender haciendo”. Es aprender haciendo sin estar completamente seguro de lo que uno está haciendo, o de lo que el hacer podría enseñar. Dicho de otro modo, la pedagogía disonante es “Aprender permitiendo que el hacer revele lo que uno está aprendiendo”.

7. Entréme donde no supe

San Juan de la Cruz fue uno de los grandes poetas místicos del siglo XVI. Escribiendo en el clima religioso de la Contrarreforma, buscó describir formas de conocimiento espiritual que excedían el entendimiento racional. En uno de sus poemas más famosos, Coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación, describe la entrada del alma en el divino desconocido a través de este célebre estribillo:

Entréme donde no supe,
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

San Juan no describe la ignorancia como vacío. Describe un conocimiento al que se llega cuando las formas establecidas de saber dejan de ser adecuadas: “un entender no entendiendo, / toda ciencia trascendiendo”—un entender más allá del entendimiento, trascendiendo toda ciencia.

Dejando de lado su enfoque teológico, podríamos secularizar la estructura de este viaje: uno entra sin saber adónde va; la cognición familiar falla; ese fracaso permite otro tipo de percepción.

Para San Juan de la Cruz, el no saber era el camino hacia el conocimiento divino. Para el artista, no se promete tal revelación. Puede que no haya Dios esperando en la oscuridad, ninguna verdad superior que justifique el viaje. Solo está la intuición de que algo yace más allá de los límites de lo que uno ya sabe, y la voluntad de entrar antes de poder explicar lo que espera encontrar. Cada acto artístico comienza con este modesto acto de fe: no fe en que uno tiene razón, sino fe en que uno puede ser transformado por lo que aún no comprende.

Esta es la incomodidad necesaria del artista-investigador generativo: saber lo suficiente para reconocer los límites de su conocimiento, pero no tanto, o no con tal certeza, que el trabajo ya no pueda sorprender a su creador. La pedagogía disonante no nos pide que desechemos la historia, la técnica o la experiencia. Nos pide que resistamos resolverlas demasiado rápido.

Una pedagogía adecuada al arte debe, por lo tanto, enseñar tanto la consonancia como la disonancia: lo que ya se sabe y cómo permanecer receptivo cuando ese conocimiento deja de ser suficiente. Su propósito no es llevar al artista de manera segura de la pregunta a la respuesta, sino preparar al artista para entrar donde aún no se ha formado ninguna respuesta. Entréme donde no supe: entré donde no sabía.

Se desbarató la constancia

Bajo los efectos de la vida se cayó la boba enana, a causa de una noche de locura sigilosa. Un golpe te castiga y comienza a anochecer, el reloj no sirve y el día de ayer fue olvidado por completo. Y el agua recorre y evita filtrarse, en un buen día, bajo la luz del sol usando gorra.

Fue un fantasma nomás. Fue el viento nomás.
Fue el cansancio nomás.

Piparalepipede

-Sef y Sofía Leyva

**Se durmió la mano
de obra pero no pasa
nada nadita de nada
porque ahora sí va el
GONZÁLEZ YUPI**

**abran la boca que aquí
viene el avión.**

Recuerde que para una lectura más cómoda puede visitarnos en <https://hojagonzalez.uniandes.edu.co>, @hojagonzalez en instagram o si desea enviar algo para publicación al correo hojagonzalez@gmail.com.